

IGNACIO CHAVEZ

Discurso Pronunciado en la Cena de  
Homenaje de la Barra Mexicana,  
Colegio de Abogados



En tiempo de

Año VII

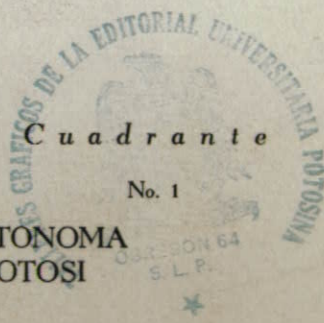


Cuadrante

No. 1

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA  
DE SAN LUIS POTOSÍ

1977



Derech'

866

# Discurso Pronunciado en la Cena de Homenaje de la Barra Mexicana, Colegio de Abogados

IGNACIO CHÁVEZ

Señor Presidente de la Barra Mexicana - Colegio de Abogados  
Señores miembros de la Corporación  
Señoras y señores:

MAS que con el propósito de cumplir con un grato deber, con el de dar satisfacción a un sentimiento íntimo, me dirijo a ustedes, señores miembros de esta ilustre Corporación, para expresarles mi gratitud por el honor que me dispensan al ofrecerme este homenaje, con motivo de la presea "Belisario Domínguez" que me otorgó el Senado de la República.

No ignoro el gesto noble de la Barra Mexicana, Colegio de Abogados, que postuló mi candidatura para ese premio en 1974, habiendo podido hacerlo, con mayor justificación, en favor de uno de sus ilustres miembros. Mi gratitud se acrece al oír las palabras generosas con que el Presidente de la Barra, Lic. Samuel García Cuéllar, ha juzgado mi actuación médica y universitaria. Si todo ello viniese de un grupo de personas ligadas a mí por viejos sentimientos de amistad y simpatía, habría razón para el halago personal lo mismo que para el reconocimiento. Pero viniendo de la Barra Mexicana, Institución Nacional

que es a la vez Colegio que congrega los más ilustres juristas de México, Agora donde se discuten los problemas de su profesión y Academia donde la ciencia del Derecho se depura en sus doctrinas, entonces la deuda personal se acrece y obliga aún más mi reconocimiento.

Con esta reunión se premia la obra que me ha sido dable realizar en el curso de mi vida. No creo que peque de inmodestia si admito un solo mérito: el del esfuerzo sostenido, el de la entrega entusiasta a la tarea que me fijé en la vida. Lo demás fue obra del tiempo y del medio que me tocó vivir. Cambiados tiempo y medio, quizá nada quedaría como saldo de mi esfuerzo.

Es que tuve, como toda mi generación, la fortuna de entrar a la vida profesional cuando la medicina, grávida, estaba lista para un cambio dramático, y de entrar a la vida pública cuando el país, con su Revolución, había roto las estructuras y los sistemas del pasado y buscaba edificar otro México distinto. En ese momento de la historia, aventados al destierro o al olvido los hombres consagrados de la era porfiriana, el país llamó a su generación joven para substituirlos y les confió funciones de estudio, de planeación o de cambios y reformas para los cuales los señores de la guerra no estaban preparados. A veces, aun puso en sus manos los timones de mando en sectores muy importantes, como los de la educación, la ciencia y la salud.

En esa coyuntura única, nada extraño es que si la vida nos dio el tiempo, el esfuerzo sostenido por largas décadas llegara a dar sus frutos. Si a eso se agrega el momento histórico de un mundo en trance de cambiar, reconozcamos que el tiempo fue nuestro mejor aliado.

Decir que nuestra época fue de cambios es decir una frase banal, que suena hueca. No hay épocas sin cambios. Nadie al morir deja el mundo igual al que encontró al nacer. Pero la época nuestra fue, sin duda, la de las más grandes transformaciones, la de los cambios más espectaculares, algunos que se antojan increíbles; basta con recordar las diferencias entre el mundo de nuestra niñez y el mundo de hoy. Cuando niños no se cruzaba volando el Atlántico en apenas ocho horas, ni menos aún en tres horas y media, como se hará a partir de este año; había que cruzarlo en barco, en largos dieciocho días de navegación, como

yo lo hice partiendo de Veracruz. Nadie soñaba con viajes a la luna y hoy se han disparado hacia allá hombres en un obús-cohete. En la niñez no había televisión, ni cine a colores, ni computadoras electrónicas, ni menos había bombas atómicas que proclamaran el auge de la civilización, ni reemplazos de corazones envejecidos por otros nuevos, ni comedias de Watergate en nombre de la democracia, ni terrorismo en defensa de los derechos humanos.

Por obra de los cambios impresionantes, que han cabido en la vida de un solo hombre, todos hemos sufrido —para emplear las palabras de Toffler— el shock del futuro, que nos deja el alma desfasada de nuestro tiempo. Por obra de ellos tendría uno la impresión de que el viejo Cronos caminó de prisa en nuestro siglo, haciendo caber en él una masa inmensa de saber, de sueños de redención, de ansias de libertad y de esfuerzos dolorosos para conseguirla, de dolores y de tragedias. Y todo para llegar al final de siglo mirando cómo la humanidad sigue revolviéndose en el fondo del tiempo, en eterna espera del día de la justicia y de la redención.

Esa carrera precipitada, con sus enormes logros, ha sido el orgullo y también la tortura de mi generación; en todo caso, la mía en particular. He sido el afortunado y a la vez el atormentado participante de esa convulsión histórica. Me ha tocado vivir todos los cambios de este siglo y jugar la carrera del que no quiere perder el ritmo de su tiempo. Cambios en todo, en la vida social, en la vida política, en la mentalidad de los hombres y, particularmente, en la profesión que escogí de la medicina. Todo ello me ha provocado sentimientos encontrados, ambivalentes. De un lado la exaltación, el júbilo de haber sido testigo de la rápida transformación del mundo, de haber visto desenvolverse ante mis ojos la cinta mágica de la historia y de haber sido uno de los que participaron, cantando, en la marcha ascensional del país. Además, he tenido el gozo hecho nostalgia de recordar los años quietamente vividos en provincia, cuando el tiempo se estancó en el país por orden porfiriana. Recordar cómo nos despertó el estruendo que anunciaba la marejada de la revolución y cómo sentimos los jóvenes la ruda sacudida de la conciencia. Nostalgia y a la vez orgullo de recordar los años que siguieron, en que el esfuerzo romántico de las generaciones jóvenes

se empeñó en renovar el país, soñando con curarlo de sus lacras y con infundirle un nuevo espíritu.

Junto a ese sentimiento de triunfo que produce todo empeño logrado, estuvo el otro, el de la tensión sostenida, el del esfuerzo doloroso de vivir adaptándose a las rápidas transformaciones en el campo de mis estudios. Hablo, naturalmente, del campo de mi medicina. Como la masa de conocimientos que se agregan desplaza o nulifica mucho de lo que teníamos por seguro, el esfuerzo a que obligan los perpetuos cambios llega a constituir un drama para el que quiera vivir al día con su disciplina. La carrera se vuelve inhumana, agotadora, hasta llegar al momento en que es imposible sostenerla. La suma de conocimientos crece de tal modo y el horizonte de su alcance adquiere tal amplitud, que no hay inteligencia que sea capaz de abarcarlos. Con el orgullo humano abatido, tenemos que admitir la verdad amarga que postula Hamburger: "Hoy ya no hay médico que pueda saber la medicina". O sea que el triunfo de nuestra disciplina esconde la derrota individual de sus cultivadores.

Este combate interior dentro de una alma, en que se conjugan el esfuerzo sostenido para no ser un hombre del pasado sino una partícula viva que gira al ritmo de su tiempo y el duro ajuste mental para entender y compartir las ideas que sacuden al mundo, es lo mismo, estoy seguro, que tortura a los miembros de cualquiera otra profesión, no importa cuál sea su disciplina. La del Derecho, desde luego, como una de las primeras, ya que los hombres de la ley han sido en gran parte los forjadores mismos de los cambios. Cambios en la Constitución, en las leyes, en la estructuración social, en la administración de la justicia; sobre todo en el sentido mismo de la justicia, la individual y la social.

Por fortuna, a ustedes, los guardianes de la justicia y a nosotros, los guardianes de la salud, nos quedan sobrados motivos de ufanía. La mayor, si sabemos cumplir noblemente con nuestra misión, es la de poder ofrecer un poco de felicidad al hombre, al protegerle, unos, la salud del cuerpo y otros, la salud del alma.

Una ufanía más, como pago legítimo, es la de gozar con el saber

acrecentado, mirando cómo se convierte en nuestras manos en instrumento de las transformaciones. Es una nueva forma de poesía, la de la ciencia, que nos transporta al mundo de las maravillas. En alguna ocasión he afirmado que los sabios de hoy tienen derecho de sentirse herederos de Prometeo, al robar todos los días una chispa del fuego sagrado.

Hoy, como una forma de agradecer su honrosa invitación, quiero desearles, señores miembros de la Barra Mexicana, que con todo y ser los guardianes del Derecho, puedan robar todos los días una chispa del fuego que pertenece a los dioses. Y con esa chispa enciendan la esperanza de redención que tanto necesita México.

México, 4 de febrero de 1976.

